

Henry Luque Muñoz y su Carta a la paloma de Picasso

JAIME MEJIA DUQUE

Este poema, uno de los más extensos de Luque Muñoz, posiblemente marque un hito en su actividad literaria, ya que en él se da una verdadera inflexión del tono general de su poesía. Sin embargo, vale subrayarle, en ningún momento esfuma la línea profunda de su evolución, ni a nivel formal o estilístico, ni desde el punto de vista temático. Prosigue pues el empeño del autor en mantener su equidistancia entre la denominada poesía "social" o "militante" —culpable de tantas trivialidades declamatorias— y el puro goce de la imagen estructurada según las exigencias simbólicas de una subjetividad que no se avergüenza de su lugar en el mundo.

Carta a la Paloma de Picasso es la meditación lírica que, a partir de la percepción libre del dibujo picassiano, alusivo a los anhelos de paz de una humanidad sobresaltada en medio de la "guerra fría", no postulará al final sino la victoria de la fraternidad y la cordura:

*Seremos tan valientes
que aboliremos
para siempre
las espadas.*

La Paloma se transfigura aquí, siguiendo sin duda la intencionalidad del mismo Picasso al dibujarla, en la imagen casi mística —au-reolada de utopía en un siglo utilitario y guerrero— de un porvenir sin cuya previsión las revoluciones carecerían de sentido. La Paloma es, así, descrita y definida por el poeta como,

*Cazadora de relámpagos
para iluminar
el horizonte de los que sueñan.*

Pero, después de todo, el poeta es un hombre en situación, morador de un mundo fechado, de una historia rebotante de acontecimientos y en cuyo atormentado interior la vida vale menos todavía que la muerte. Por eso el poeta posa su mirada "realista" en la actual desdicha humana, mientras la simbólica figura parece desplegar sus alas protectoras:

*Almacenan vidrios
los tejedores de nuevas inquisiciones.
tiemblan, paloma inverosímil
cuando tu sombra enérgica aletea
y con sólo virar
el pólen de tus párpados
dóblanse en el viento
rejas eléctricas
donde la pólvora y el oro sufren
empapados en sangre.*

Gracias a esa paz que en el aire esculpimos sólo con la materia del ensueño, podemos vislumbrar con el poeta de qué modo,

*la desvencijada corteza terrestre
se torna
junco de estrellas para el hombre,
sol y viento de ruiseñores,
para que nada toque
el recinto donde crece la vida,
para que de la tierra se levante
una sonrisa con hojas.*

No es difícil comprobar aquí, para quien conozca la obra anterior de Luque Muñoz, cuán lejos quedan ya los acentos paródicos de sus primeros cantos. Su sensibilidad tal vez haya venido encontrando el centro de la reconciliación con el destino de la propia poesía en la fase actual de la vida, pese al malentendido descomunal que lo corroe. El poeta asume al fin su condición interdicha en una sociedad que, a escala planetaria, se obstina en reducir la fuerza naturalmente insumisa del verbo y en encadenar los sueños; Pero el poeta genuino, en épocas como esta, es tan sólo el que resiste en

nombre —también— de aquella posibilidad que se convoca bajo la palabra más sospechosa del mundo: la armonía. Entonces, a riesgo de ser lapidado, el poeta aún nos dice:

*Centinela,
te apartaré el eco del colibrí,
a orillas de la aurora
tú y yo
seremos una sola cabellera*

Esta lírica *Carta a la Paloma de Picasso* es de aquellos poemas que no pueden desenvolver toda su fuerza de comunión imaginaria sino en la privacidad de la lectura individual, acto intransferible, casi clandestino. Pues, si lo ubicamos en la perspectiva epocal que le concierne, todavía constituye uno de esos mensajes que los cautivos logran hacernos llegar en pedacitos de nada desde las sentinas de la Historia. Leámoslo así, y entonces comprenderemos la imagen arcaica del Poeta como la del Prometeo Encadenado. De cualquier manera, aunque él siga ahí en la roca devorado por el buitres, su Paloma hiende la barbarie del siglo como la saeta perforando la noche.